

DISCURSO DE D. ANTONIO DÍEZ DE LOS RÍOS

Exmas. e Ilmas. Autoridades

Señoras y señores

Amigos todos

Después de la laudatio que me acaba de hacer el prof. González Barón, no puedo menos que expresarle mi agradecimiento y aunque sus palabras sean más fruto del cariño que de la realidad, pues le tengo que decir: Salvador, muchas gracias.

Ha pasado ya suficiente tiempo desde que terminé mi período como Rector, como para que hoy volvamos a reunirnos en este acto de imposición de la medalla de oro de la Universidad de Málaga.

Creo que un acto como este se puede contemplar como un acto de homenaje y simpatía por vuestra parte, mientras que por la mía no puede ser otra cosa que un acto de agradecimiento a tantas personas, cada una a su estilo, a su manera, con sus ideas, que me ayudaron a ser Rector.

Sería prolijo agradecer, uno por uno, a todos los que me ayudasteis. Parecería, más bien, un viejo catedrático pasando lista. Sí quisiera resaltar algunos hechos para expresar, desde lo particular hacia lo general, mi agradecimiento. Al mismo tiempo haré algunas reflexiones donde muchos se sentirán identificados.

El primer gran dilema que se me presentó fue el de admitir o no a los que ahora se les recuerda como los alumnos sin plaza. Se decía que, al tiempo que yo empezaba mi andadura como Rector, unos tres mil alumnos se habían quedado sin poder matricularse en la UMA. Estos se manifestaron y generaron medidas de presión para que se les admitiera.

El problema latente que subsistía era si se podía matricular a tantos alumnos y mantener, al mismo tiempo, la calidad. Si se podía ser una Universidad de masas sin perder calidad. Si se podía admitir a tantos alumnos sin deteriorar a la Universidad.

Indiscutiblemente, había grupos de presión internos que no querían que se matricularan. De hecho fue un tema que se metió en la ya de por sí complicada primera campaña electoral a Rector.

Evidentemente, aumentar el número de alumnos en aquella situación llevaba a la necesidad de más recursos, de más titulaciones, de más edificios, de más profesores y de más financiación. Mi opinión fue que a estos alumnos había que matricularlos. Pensaba que primero los alumnos, después llegarían los recursos.

Todavía recuerdo como algunos pedían lo contrario. Así que, ganadas las elecciones y habiendo convencido a los decanos, abrimos un plazo extra de matriculación.

Quiero recordar que entraron unos mil y algunos cientos. No sé si la cifra periodística de los tres mil alumnos fue un titular de prensa o que la mitad de los afectados buscaron otra solución. Lo que sí es cierto es que esta decisión marcó mi mandato como Rector.

Los primeros años de mi mandato se caracterizaron por un gran incremento en el número de alumnos y la falta de financiación.

A veces pensé que la estrategia de primero los alumnos, la financiación después, estaba a punto de fracasar. Pero siempre consideré que el verdadero sentido de la Universidad se encuentra en los alumnos.

Durante aquellos primeros años la crisis económica del 92 se encontraba en su apogeo. La UMA tenía una falta imperiosa de financiación que se agravaba año tras año al aumentar los alumnos y a lo escaso de las transferencias corrientes y de capital que nos hacía la Junta de Andalucía.

Incluso, hubo un año que la Junta se vio en la obligación de prorrogar sus presupuestos con lo que las transferencias se congelaron. El resultado que se produjo fue que los déficits fueron más abultados en cada ejercicio con el consiguiente incremento de la deuda.

Al menos, según interpretaciones benignas de las leyes de la época, se permitía o se toleraba a las Universidades mantener su deuda en una especie de limbo o tierra de nadie.

Al tiempo que la insuficiencia financiera nos asfixiaba, la falta de espacios empezaba a ser patente y notoria. Recuerdo que un documento del Plan Estratégico de Málaga, de aquellos años, hablaba de que la UMA estaba formada por dos campus: uno al estilo latino en El Ejido y otro de estilo anglosajón en Teatinos.

Siempre me pareció que el campus de El Ejido no sólo no tenía mucho que ver con el barrio latino de Paris y la Sorbona, sino que allí ya no cabían más alumnos y que instalaciones como las que unos llamaban eufemísticamente aulas y otros barracones había que sustituirlas rápidamente.

Por cierto, me alegré mucho cuando me enteré que estas instalaciones ya han desaparecido. Ante esta situación me pareció que concentrar toda la UMA en Teatinos era la solución para poder seguir creciendo y al mismo tiempo eliminar la masificación.

La idea de concentrar la UMA en la zona de Teatinos acabó triunfando, entre otras cosas por el decidido apoyo del Ayuntamiento de Málaga, quien nos cedió una amplia parcela de un millón de metros cuadrados donde caben todo tipo de ampliaciones presentes y futuras de la Universidad.

Ya no sólo teníamos muchos alumnos, ya teníamos sitio donde irlos poniendo.

El ordenar y proyectar los espacios en el nuevo Teatinos nos llevó mucho tiempo y esfuerzo. Dejé numerosos proyectos para este espacio, entre ellos los dos edificios que recientemente se han inaugurado.

Realmente, el nuevo campus es un proyecto muy ambicioso, lo dejé inconcluso. Me consta que a la actual rectora, la profesora de la Calle, también le lleva su tiempo y esfuerzo, y creo que se seguirá llevando el tiempo de algunos rectores más el ver terminado el proyecto que dejé iniciado. Pero digamos que así, al menos en lo conceptual, la ampliación del campus de Teatinos dejaba resuelto el tema de los espacios necesarios para los numerosos alumnos que años tras año se incorporarían a la UMA.

Ahora, a tiempo pasado, no me importa reconocer que este proyecto tuvo y sigue teniendo sus detractores.

Mientras mi idea era y sigue siendo que todo lo que se hiciera nuevo fuera a instalarse a Teatinos, otros opinan que los centros de la Universidad deben de estar desperdigados por la ciudad y sus diferentes barrios para así recuperar y dar vida a zonas entre depauperadas y marginadas.

Teatinos también es ciudad e indiscutiblemente la Universidad ha puesto en valor a todo aquel entorno, por otra parte pensé que la aportación económica de la Universidad a su sociedad debe ser algo más que la economía de subsistencia.

Evidentemente los alumnos consumen desayunos y alquilan pisos, lamentablemente creo que en libros gastan menos, y eso es un dinero que repercute en la economía mediante el estímulo de la demanda interna. Pero estén donde estén los centros, los alumnos consumen lo mismo.

Y sin darnos cuenta, nos hemos introducido en un tema que se apareció, como los fantasmas, sin que nadie los llamara, en mi primer mandato.

La cuestión es si la Universidad debe participar en las relaciones económicas de su entorno y, en caso afirmativo, como hacerlo.

Una de las críticas que se me hizo por haber matriculado a los alumnos sin plaza y abrir la matrícula de la UMA consistía en como y dónde iban a encontrar trabajo tantos universitarios.

Por estos años se hablaba de la Universidad como fábrica de parados. Siempre hay que estar atento a las críticas, a veces, incluso, pueden tener razón. Yo pensé que fomentar el autoempleo y a los emprendedores podría aliviar, si no solucionar, el problema.

Por aquella época la prestigiosa revista inglesa "The Economist" dedicó una edición monográfica a la Universidad, contemplándola, como una fábrica del conocimiento, fábrica que genera empleo y riqueza.

Encontrarme bien presentada y articulada esta propuesta me vino muy bien para poder reflexionar sobre nuestro entorno y reafirmarme en mis convicciones de que la economía de subsistencia que puede generar una universidad no es más que el marginal de lo que puede llegar a producir.

El plantear que la Universidad debe participar en el sistema productivo nos hizo reflexionar ampliamente sobre la realidad empresarial de nuestro entorno y sobre nuestra propia realidad.

La primera reflexión que me hice y me sigo haciendo es la falta de tradición para que la Universidad participe en el sistema productivo.

Podremos releer la cuestión universitaria con la creación de la Institución Libre de Enseñanza, podremos releer a Ortega o a Unamuno, pero no encontraremos nada que hable del sistema productivo.

El considerar a la Universidad como a una fábrica de conocimiento es algo que conlleva que ésta, a través de su esfuerzo en I+D, participe en el desarrollo económico de los pueblos, en el aumento de su bienestar o, al menos, en la elevación de sus niveles de renta.

Este planteamiento era algo, al menos conceptualmente, totalmente novedoso.

Una vez tomado el camino, el ampliar y mejorar las relaciones con el PTA fue relativamente sencillo. Todavía se siguen haciendo, por ejemplo, convocatorias de spin-offs.

Temas, entre otros, como aumentar nuestra presencia en la sociedad, conectar con el mundo empresarial, adaptar los estudios universitarios a la realidad social, siguen estando de actualidad y seguro que se llevan un buen tiempo de los actuales rectores españoles.

Como de costumbre, siempre que en la universidad se abre un tema como este, aparecen sus defensores y sus detractores. Para una mentalidad clásica la Universidad debe dar la formación básica y deben ser las empresas las que tengan sus sistemas específicos y propios de investigación y formación de sus trabajadores.

La empresa es una unidad más eficiente para conocer y resolver sus propios problemas que la Universidad que se mueve lentamente y sin flexibilidad.

Personalmente, creo que si una universidad aspira a ser fábrica de conocimiento y no conservatorio de saberes pasados debe, sin perder sus esencias, tener y mantener una relación fluida con el mundo empresarial.

Para serles sincero, ya no sé hasta que punto hay que llegar en este tema. Creo que ahora que se habla de la necesidad de nuevas medidas estructurales para salir de la actual crisis, sería bueno el repensar este tema.

Aproximadamente, a mitad del segundo mandato hice que la UMA se sometiera a una auditoría de calidad por parte de la Conferencia de Rectores Europeos (CRE).

Aunque a mí me pareció un hecho importante y digno de mención creo que son pocos los que la recuerdan.

A veces las auditorías se encargan para que le digan a uno que todo va bien, en este caso, yo quería una auditoría que me dijera qué no iba tan bien y cuál debía ser la estrategia a seguir.

Percibí un fuerte choque entre la mentalidad dominante en el mundo universitario europeo, la anglosajona, y la nuestra, versión doméstica de la Universidad napoleónica.

Tras las amplias jornadas que los rectores europeos dedicaban a las entrevistas con las autoridades académicas, con los profesores, con el PAS y con los alumnos, nos reuníamos a cenar y comentábamos sobre nuestra universidad.

En general había tres ideas que se repetían: la falta de autonomía universitaria, la debilidad de los mecanismos de recompensa y la deficiente financiación. De hecho tenían claro que la calidad a la que podríamos llegar dependería de la que pudiéramos pagar.

Recuerdo la mañana en que se presentó a los medios la auditoría de la CRE, donde se pusieron de manifiesto nuestras carencias.

Al acabar la presentación fui a Sevilla a una reunión de rectores con la Consejería.

Por esta época la situación económica de todas las universidades andaluzas había empeorado. Precisamente, aquella tarde llegamos a un acuerdo para mejorar la financiación del sistema de universidades andaluzas, la de Málaga consiguió un notable incremento en sus transferencias. Cuando se enteraron los auditores de la CRE me llamaron para felicitarme por este acuerdo.

Ahora, pienso que esta mejora en la financiación se debió a que la crisis del 92 empezaba a pasar y el PIB aumentaba su crecimiento.

A partir de este acuerdo y conforme mejoraba la economía se fueron arreglando los problemas de la financiación y de la deuda, lo que nos permitió no sólo hacer frente a nuestros acreedores sino incrementar nuestras plantillas. De esta forma y gracias a la sensibilidad que demostró la Junta de Andalucía, pude dejar una economía ordenada y saneada en la Universidad de Málaga.

Mientras nosotros íbamos resolviendo nuestros problemas, el gobierno de España decidió variar la ley básica de las Universidades.

De hecho, había un movimiento dentro de la Universidad Española a favor de cambiar la L.R.U.

Recuérdese el informe Bricall, pero si había acuerdo en la necesidad de cambios, no lo hubo en qué cambiar.

Me pareció que, producido el cambio legislativo, debía dejar unos estatutos donde se reflejara mi experiencia y la de mi equipo de gobierno. Así lo hice y fue mi última labor como Rector.

Desde entonces me sucedió la prof. De la Calle. La UMA sigue hablando con muchas de las palabras que he usado aquí: calidad, ahora se prefiere la palabra excelencia, presencia social, nuevo campus, innovación y un largo etcétera.

Siguen siendo muchos los temas que se suceden en la Universidad Española y en la de Málaga, pero yo me siento mucho más relajado y tranquilo; ya hay otro Rector que se ocupa de estos temas.

Todo empezó cuando matriculamos a los alumnos sin plaza y, luego, seguimos matriculando al ritmo de unos diez mil por año. La búsqueda de terrenos para edificios, de edificios para aulas, de profesores para las clases, de investigadores para los laboratorios, se llevó mi tiempo como Rector.

Cuando, intuitivamente y llevado por razones más sociales que estrictamente académicas, decidimos matricular a los alumnos sin plaza, no éramos conscientes de que habíamos dado un fuerte impulso para que la Universidad de Málaga entrara en una nueva etapa.

Nada más.

Muchas gracias.